

## LA INNOVACIÓN LINGÜÍSTICA EN LUIS QUIÑONES DE BENAVENTE (II)<sup>1</sup>

M<sup>a</sup> ISABEL MARTÍN FERNÁNDEZ  
Universidad de Extremadura

### *Acronimia*

Preferimos considerarlo un fenómeno dentro de la composición de palabras, puesto que conlleva una característica fundamental de ésta: la unión de lexemas independientes en uno solo. Consiste en la «formación de una palabra a partir de dos o —muy raramente— tres unidades léxicas, estando representada, al menos una de ellas, por un fragmento (una o más sílabas) de su significante: la primera, por el fragmento inicial de su significante, y la última por el fragmento final del suyo»<sup>2</sup>. Ambos segmentos no suelen coincidir con un morfema convencional.

Estas formaciones, que se crean de manera deliberada, han proliferado enormemente en el español de hoy, sobre todo en el campo mercantil: publisreportaje, pornoturismo, credimueble, tergal, Nescafé, petrodólar, etc. Surge así «una mayor velocidad en la expresión que viene marcada por las exigencias actuales establecidas por los medios de comunicación de masas en general»<sup>3</sup>. También los escritores literarios saben obtener productividad

<sup>1</sup> Como el presente estudio es continuación del aparecido en el vol. xxii (1999) de esta misma revista, huelga reiterar la cita completa de las obras de toda índole manejadas allí.

<sup>2</sup> M. Casado Velarde, en *Gramática descriptiva de la lengua española* (3), dirigida por I. Bosque y V. Demonte. Madrid, Espasa-Calpe, 1999, pág. 5085. Véase también, del mismo, *Tendencias en el léxico español actual*. Madrid, Coloquio, 1985, págs. 43-69. No hay unanimidad en el concepto de acronimia y en la denominación del fenómeno definido arriba: se habla de «combinación» de «formas contractas de composición», etcétera.

<sup>3</sup> Mervyn F. Lang, *cit.*, pág. 259.

artística mediante concisiones expresivas de esta índole; no hay más que recordar, por ejemplo, los conocidos versos de Vicente Huidobro<sup>4</sup>. Pero ya hace siglos que la literatura ideó el mecanismo<sup>5</sup> para condensar significados, obtener juegos semánticos y sugerir inferencias. Veámoslo en Quiñones: Matusalén, el personaje que según la *Biblia* (*Génesis*, 5, 21-27) vivió novecientos sesenta y nueve años y que mantenemos en la expresión ponderativa «ser más viejo que Matusalén» (*DUE*, s.v. *viejo*), hiperboliza la edad del *marido* en la expresión *matus-marido* (C, 623). Quevedo había multiplicado amalgamas del mismo estilo: «Matus-Felipe», «Matus doña Ana la una, / y otra Matus doña Inés», «matus-Gongorra»<sup>6</sup>. Frente al ejemplo de Quiñones, en estos otros casos la identificación con el nombre propio lleva la caricatura festiva hasta la agresividad.

El «mayordomo» se transforma en *mayorduelo*:

Para que no me llamen *mayorduelo*  
mucho nabo y poca vaca; (C, 821).

En la conexión que estos versos establecen entre los *duelos* y lo culinario subyace el dicho «Duelo, pan de moyuelo»<sup>7</sup>.

Puesto que otro personaje le había dicho «tírote un boticario» (C, 617)<sup>8</sup>, Zaranda resulta *boticareado* (C, 618), formación que alguien podría considerar derivada a partir de «boticario» (+ ado), pero con una transformación de —i— en —e— inconveniente; habría de ser, pues, \**boticariado*. La opción

<sup>4</sup> «Al horitaña de la montazonte / La violondrina y el goloncelo / Descolgada esta mañana de la lunala / Se acerca a todo galope / Ya viene la golondrina / Ya viene la golonfina / Ya viene la golontrina / Ya viene la goloncima / Viene la golonchina / Viene la golonclima / Ya viene la golonrima / Ya viene la golonrisa / La golonniña / La golongira / La golonlira / La golonbrisa / La golonchilla / (*Altazor*. Madrid, Cátedra, 1981, pág. 105). Vid. D. Cintas García, «*Altazor*, una bella locura en la vida de la palabra», *RILCE*, v, 1, págs. 31-55.

<sup>5</sup> «Licenciasno» (Lope de Rueda); «necenciado» (Torres Naharro) = necio + licenciado; bacyelmo (Cervantes); «alcamadre» (alcahueta + madre), «demonichucho» (demonio + avechucho), «diabliposa» (diablo + mariposa), en Quevedo; etc. Para estos y otros ejemplos, cf. M. Casado Velarde, *Gramática descriptiva...*, pág. 5091; Mario García Page, «'Barbarismos'. Algunos ejemplos de creaciones léxicas insólitas», *BRAE*, LXXII (1992), pág. 349 y ss.

<sup>6</sup> Cf. Emilio Alarcos García, «Quevedo y la parodia idiomática», *cit.*, pág. 445.

<sup>7</sup> Gonzalo Correas, *Vocabulario...*, pág. 168. Y el conocido refrán «Los duelos con pan son menos» (*Aut.*, s.v. *duelo*).

<sup>8</sup> Bromas similares hallamos también en el entremés benaventino de *Los gorriones*:

Pistraco—¿A mí jumento? Tírote un astrólogo  
[...]  
Chichota— [...]  
tírote un repertorio.  
Pistraco—[...]  
y tírote un doctor.  
Chichota— ¡Ay, que me ha muerto! (C, 765)

más lógica, formal y semánticamente, apunta hacia la acronimia entre *boticario* y el participio *careado*, con la coincidencia de sílabas que hace inútil un intento de segmentar ambos vocablos en nuestro híbrido. Obtenemos así el significado 'dado en la cara con un boticario'<sup>9</sup>.

En este otro no existe la mera unión de «calva» (sustantivo) + «justo»; se trata del cruce de *calvario* + el adjetivo:

Yo, *calvajusto* de entrambos, (M, 183)

Es decir, «yo, equitativo mediador en cuanto a la distribución de sufrimiento». A. Madroñal anota con tino que este término recuerda las derivaciones quevedescas: «Calvas y calvarios, / calvones y calvísimas calvudas, / calva Annás, calva Herodes, calva Judas».

La expresión fija «comer y callar»<sup>10</sup> late en la acuñación jocosa *comiparleros*, comedores y parleros; aquellos que, contraviniendo parte del dicho, además de comer no paran de hablar:

No me han de entrar en casa caballeros  
destos que suelen ser *comiparleros* (C, 820)

En una obrita que significativamente se titula *Baile de la Casa al revés y los vocablos*, Quiñones realiza manipulaciones metalingüísticas de las palabras por el procedimiento de aislar en éstas supuestos monemas para conmutarlos por los antónimos correspondientes. El mecanismo es similar al utilizado por Quevedo en ejemplos como el conocidísimo «pretendiente» → «pretenmula»:

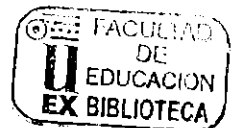
Mujer 1ª- Es tan verdad lo que dice,  
que hasta los vocablos truecan,  
pues al río llaman lloro  
y a la avellana *avecuesta*.  
Mujer 2ª- *Penicaite*<sup>11</sup> al penitente,  
*babacia* a la ballena.  
[...]  
*Carta propia* a Cartagena,  
al soldado, *sol prestado*,  
a la fragata, *fraperra*<sup>12</sup>.

<sup>9</sup> En esta, como en otras infinitas ocasiones, el lenguaje nos brinda realidades anómalas o impensables en nuestro universo de discurso «normal».

<sup>10</sup> «Refrán que aconseja que el que depende y come a expensas de otro, debe no replicarle en nada, sino callar y obedecer» (*Aut.*, s.v. *comer*).

<sup>11</sup> Con cierre vulgar de la «e» en «i».

<sup>12</sup> «Fradiable» construye Quevedo (*cf.* E. Alarcos García, *cit.*, pág. 449), cercenando caprichosamente la voz «fraterna» para unirla a «diabla».



- Mujer 1<sup>a</sup>- Melocotón a Granada,  
a Venecia, *ave discreta*.  
Mujer 2<sup>a</sup>- A la asadura, *asa blanda*,  
*amacome* a la amacena. (C, 829)

Para Rosell (I, pág. 466) la forma *bolsa-pliega* es yerro de imprenta, de modo que ha de ser *bolsa prieta*, precisamente la ofrecida en el texto por Cotarelo:

Échese dos ayudas de bolsa-prieta. (C, 548)

Ahora bien, parece indudable el acierto de este último al corregir, en la lista de erratas que cierra el volumen, la expresión «bolsa prieta» por *bolsa-pliega*, imitación burlesca de la palabra «jirapliega», planta purgante.

Veamos, por último, este ingenioso retruécano:

[...] suelte la manga,  
que tirándome tanto de su tela,  
sin serlo, me la hice de *tirela*. (A, 85)

El sustantivo *tirela* 'tela listada' (*Aut.*) es, simultáneamente, un neologismo formado por «tirar» y «tela» (sin excluir la posibilidad de verbo + pronombre).

### 1b) Prefijación

En Quiñones, los neologismos por prefijación son menos abundantes que los acuñados por composición. El cometido de los morfemas empleados consiste muchas veces en enfatizar el significado de los lexemas correspondientes. Destaca, en cuanto a frecuencia, *re-*. Este prefijo posee en la lengua variadas posibilidades semánticas (repetición, oposición, intensificación, movimiento hacia atrás, inversión), de las que sólo la intensificación es el contenido constante en nuestros ejemplos. Lo hallamos con verbos: *me replace* (A, 232); *remientes* (A, 73).

Su carácter ponderativo suele resaltarse con la repetición del lexema:

miente y *remiente* (C, 783)  
quitadle y *requitadle* (C, 764)  
os perdono y *reperdono* (C, 604)  
yo precio vuestra honra y la *reprecio* (C, 634)

En este otro caso brota una dilogía, puesto que el vocablo homonímico (*requiere*) remite tanto al verbo «requerir» como al neológico \*«requerer».

[...] y si ella  
se asusta haciendo extremos y querella,

se araña, gime, llora, mesa y muere,  
es cierto que le quiere y le *requiere*. (C, 609)

En menos ocasiones *re-* se adjunta a adjetivos: *recolorada* (C, 606); peor y *repeor* (C, 526); yo soy casta y *recasta* (C, 664). El juego con *casta* se extiende en esta otra muestra, para terminar en una alusión eufemística jocosa:

M.- [...]
   
¿A la virtud del mundo y a la honesta,  
a la casta y *recasta*?; di, perjuro.
   
M.- Si es casta el hacer casta, yo os lo juro. (C, 689)

En alguna ocasión *re-* se aplica a sustantivo o adverbio: Marqués y *remarqués* (C, 777); ¡Quedito, *requedito*! (C, 602)

El prefijo *tatara-*, que aparece en «tatarabuelo», «tataranieto», «tataradeudo» (*Aut.*) se halla en el clímax de la acumulación siguiente: *miente* y *remiente* y *tataramiento* (M, 155). Y reducido caprichosamente a *tara-*: *beso* y *rebieso* y *tarabeso* (M, 204).

Quiñones transforma el sustantivo *chozno* (el quinto descendiente, o sea, el hijo del tataranieto) en prefijo para culminar esta gradación: *miente* y *tataramiento* y *choznomiente* (M, 112)

Alguna vez encontramos, también ponderativamente, los prefijos indicadores de preeminencia o superioridad *proto-* y *archi-*, cuya cita revive la memoria de Quevedo y sus ingeniosas acuñaciones: «protocornudo», «protocuerno», «protoviejas», «archigato», «archidiablo», «archipobre y protomiseria»<sup>13</sup>. Quiñones, por su parte, idea *protorríos* y *protovinos*, ubicados en distintos entremeses pero en idéntico esquema morfosintáctico y semántico:

que hoy los *protorríos* de río le arman. (C, 533)  
que hoy los *protovinos* / de vino le arman. (C, 537)

El significado germanesco de *garra* 'ladrón'<sup>14</sup> se hiperboliza con el prefijo e insiste en lo expresado por *Garduño*, un nombre propio con significado:

Buenas noches, seo Garduño,  
*protogarra* deste yermo. (M, 114)

Mediante *archi-* se forja *archisastre* (C, 799)<sup>15</sup>, cuyo carácter grotesco emana del contraste con la dignidad designada por los vocablos subyacentes que

<sup>13</sup> Cf. E. Alarcos García, *cit.*, pág. 453. «Archipoeta» utiliza Góngora, y «architirano» Bartolomé Leonardo de Argensola (véanse en *Aut.*).

<sup>14</sup> «Gente de la garra» es «la dedicada y acostumbrada al hurto», dice *Aut.*, s.v. *garra*. Véase también José Luis Alonso Hernández, *Léxico... Cf.*, de paso, *garduño*.

<sup>15</sup> «El primero o principal de los sastres».

sirven de modelo («archiduque», «archidiácono»; «arcipreste», con el alomorfo *arci-*; etcétera).

También el prefijo *des-* construye algunas innovaciones, como la forma verbal *despringo* (C, 568). *Desenrriine* (C, 555) se forma sobre el verbo «enruinar-se» (variante vulgar —creemos— de «arruinar-se») surgido posiblemente por analogía con «endeudar-se». De «abuchornar»<sup>16</sup> se obtiene \*«desabuchornar»:

*Desabuchornad* la faz (B, 43)

Es decir, 'descubrid la cara' ('despojad la faz de aquello que la acalora').

Con los afijos *per-* y *semi-* tenemos, respectivamente, *perdigo* (C, 680), o sea, 'digo insistente o enfáticamente'<sup>17</sup>, y *semi-dama* (C, 686).

De las variantes formales del prefijo *bi-* 'dos' hallamos *biz-*:

- P.- ¿Sois bisojo?  
 C.- ¡Ya me enojo!  
 Para informar ¿qué importa ser bisojo?  
 P.- *Bizcuero*, que es peor. (C, 717)

Aquí, la escueta anotación «prefijo *biz-* + sustantivo *cuero*» simplificaría en exceso la fuerza lingüística de todo un insulto festivo: «doblemente borracho», puesto que *cuero* se llama «al borracho o gran bebedor» (*Aut.*)<sup>18</sup>. Además, en los versos citados *bizcuero* se construye paralelamente a «bisojo» (con el alomorfo *bis-* del prefijo) 'que ve doble', como el borracho<sup>19</sup>.

El grafema «b» del siguiente neologismo puede causar cierta confusión:

- D<sup>a</sup> Tilde- Dice que aún no lo soy [su mujer], hasta que crezca;  
 que al decillo, lo propio me responde,

<sup>16</sup> Será, lógicamente, variante de «abochornar», como son variantes «buchorno» y «bochorno», ambas registradas por *Autoridades*. La etimología popular (con «bicho») ofrece también «bichorno».

<sup>17</sup> A partir de «lucida» → *perlucida* (C, 680, 600; M, 227) 'muy brillante, casi transparente'. Según A. Madroñal (pág. 227), *perlucida* es palabra que se documenta muy pocas veces en el siglo xvii; y la atestigua en el P. Sigüenza y Gil Vicente.

<sup>18</sup> También en el «lenguaje repetido» de nuestra lengua se incluye este empleo del término, surgido, sin duda, por sinécdoque: «Cuero lleno, piezgo enhiesto» registra Correas (*Vocabulario...*, pág. 114), con la apostilla «Contra los destemplados en vino»; y «Hecho un cuero» 'borracho', el *DUE*. Con sólo unas cuantas palabras, Quevedo trazaba un personaje así: «Por las que le habían dado decía, no hay tal maestro como el bien acuchillado: y tenía razón, porque la cara era una cuera, y él un cuero» (véase *Aut.*).

<sup>19</sup> Sebastián de Covarrubias (*Tesoro...*, s.v. *bisojo*) relaciona este término con el borracho: «y porque éstos [los nervios ópticos] se alteran a los borrachos y se apartan el uno del otro, les parece la luz de la candela ser dos, y este mesmo vicio se suele causar en los visojos».

que soy su *bizmujer*, como vizconde.

D<sup>a</sup> Graja— Pues ¿por qué tan pequeña te ha querido?

D<sup>a</sup> Tilde— Porque es menor el gasto del vestido. (C, 773)

Sería aquí más precisa la grafía *vizmujer*, puesto que, en principio, no se trata del prefijo *biz-*, sino *viz-* (que también posee los alomorfos *vi-* y *vice-*) 'que hace las veces de' (DRAE). El contexto y la referencia misma a *vizconde* deja clara la unidad en cuestión. En suma, debido a su tamaño, Doña Tilde<sup>20</sup> no alcanza plenamente la calidad de mujer (esposa), a través de la acuñación *vizmujer*. Sin embargo, cabe advertir, a la par pero secundariamente, otra interpretación más: la de mujer segundona, vicaria de otra y, consecuentemente, engañada por el marido; en este caso el prefijo podría ser tanto *biz-* como *viz-*.

### 1c) Sufijación

En la lengua hay casillas léxicas vacías, es decir, contenidos carentes de un molde formal unitario; pero ella misma proporciona los modelos sistemáticos que permiten llenar tales lagunas. La creatividad literaria de un autor como Quiñones actualiza esas posibilidades recurriendo con frecuencia al procedimiento de la sufijación, el recurso más productivo en nuestra lengua para enriquecer el léxico. La importancia que adquieren en nuestro entremesista aumentativos, diminutivos y peyorativos exigía introducir un segundo apartado referido a la sufijación apreciativa, aunque en este caso no surjan vocablos estrictamente neológicos.

#### 1c.1.) SUFIJACIÓN NO APRECIATIVA<sup>21</sup>

Existen aquí varias posibilidades.

##### 1c.1.1.) Verbalización

Hay sufijaciones que conducen a la *verbalización*. Sólo se efectúan a través de los morfemas *-ar* y *-ear*<sup>22</sup>, como las quevedescas «bodar», «marquesar», «condar», «calvar», «cornudar», «maridear», etcétera<sup>23</sup>.

<sup>20</sup> También este nombre propio simbólico coadyuva a hiperbolizar esa pequeñez: «Se toma también por cosa mínima», especificaba *Aut.*, s.v. *Tilde*.

<sup>21</sup> Consideramos la transposición como suele entenderse generalmente, es decir, un fenómeno sintáctico y no morfológico, por lo que pertenecen al presente apartado las innovaciones benaventinas que realizan un cambio de clase gramatical mediante mecanismos fundamentalmente morfológicos.

<sup>22</sup> *-ear* aporta el contenido 'iteración' al lexema.

<sup>23</sup> Cf. E. Alarcos García, *cit.*, págs. 456-7.

Las bases que usa la lengua para tales formaciones son, normalmente sustantivos, adjetivos, verbos y —menos— adverbios. De modo análogo, Quiñones forja:

- (parasismo) → *se paraxisma* (C, 799)  
 (circunloquio) → *circunloquie* (C, 571)  
 (costal) → *costalear* (C, 690)  
 (casquivano -a) → \*casquivanar, *casquivane* (M, 285)

En la formación *mayando*<sup>24</sup> (a partir del sustantivo *maya*) se produce una homonimia con el verbo «mayar» (maullar):

No sé por dónde vaya  
 que no tope una maya y otra maya.  
 Maya aquí, maya allí; ¡donoso talle!  
*Mayando* está en Madrid cualquiera calle. (C, 540)

La dilogía incluye aquí una referencia indirecta al robo a través del «gato»; hemos de tener en cuenta estas otras palabras del mismo personaje:

Tanto ese nombre [maya] tengo aborrecido,  
 que aun gatos porque mayan no he tenido; (C, 541)

La formación puede originarse a partir de un nombre propio. Tal es el caso de *susanear*<sup>25</sup>, que adquiere el significado de 'emitir reiteradamente el nombre de Susana':

Gaiferos— ¡Ah Susana, ah mi bien, Susana mía,  
 doña Susana, Susanica hermosa!  
 Susana— ¿Hay tal *susanear*, hay más Susana? (M, 278)<sup>26</sup>

El mismo significado correspondiente surge en *anguleo*, del verbo \**angulear* (< Angulo) 'emitir reiteradamente el nombre Angulo' (C, 803). Desde Orosio obtenemos *orosear*:

Aunque vengan más Orosios  
 que hubo esta cuaresma puerros,  
 no podrán *orosearme*. (C, 577)

<sup>24</sup> Ya vimos en su momento la composición *carima ada*.

<sup>25</sup> Como a partir de Celestina tenemos en español «celestinear».

<sup>26</sup> También el nombre de la amada centraba la atención de Calixto: «yo melibeo soy y a Melibea adoro y en Melibea creo y a Melibea amo» (Fernando de Rojas, *Comedia o tragicomedia de Calisto y Melibea*. Madrid, Castalia, 1991, pág. 220). Anota A. Madroñal (pág. 278): Calderón parece inspirarse en Quiñones cuando escribe en su entremés de *Las carnestolendas*: «Vete: ¡Rufina, Rufinica, Rufinilla! / Rufina: ¿Hay tal rufinear? ¿Hay tal tarabilla?».



La formación precisa nos habría situado en \**orosiar* (pero *-ear* aporta la idea de repetición).

Nuestro autor adjunta *-ar* a bases más insólitas que las señaladas. Así, a partir del adverbio «quizá» obtiene el verbo *quizar*:

Quizá dará viendo dar,  
y quizá podrá *quizalle*. (C, 587)

En torno a 'sacar dinero' gira el significado que adquiere esta acuñación. Pero es inconveniente pretender aquí precisar de manera estricta un significado que obstaculice las posibles inferencias y juego lúdico.

También de la interjección puede resultar un verbo:

¡Tate, tate!, dicen todos;  
y él, que no sabe *tatar*, (C, 594)

O de un adjetivo no calificativo:

porque la misma endiablada  
la misma jácara es,  
sin que deje de *mismar*  
desde su misma niñez; (C, 590)

#### 1c.1.2.) *Adjetivación*

Con el sufijo *-il* 'propio de' o 'con respecto de' (cf. *DUE*, s.v. *-il*) se forman en español adjetivos denominales como «varonil», «febril», «juvenil», «estudiantil», moldes sobre los que Quiñones produce las formas siguientes:

tono *sacristanil* (C, 767)  
necedad *mayordomil* (C, 821)  
*pescadil* teatro (C, 542)  
espíritu *chaconil* (C, 754)<sup>27</sup>

Nuestro autor refleja el frenesí de las mujeres de entonces por los carruajes:

Ahora bien, en oyendo lo del coche,  
nos pusimos más blandas que manteca:  
que en tentación *cochil* toda hembra peca. (A, 75-6)

*Cochil* se ha construido a partir de «coche» (frente al existente en la lengua «cocheril»<sup>28</sup>, de «cochero»), con lo que se evita una sílaba sobrante en el verso.

<sup>27</sup> *Chacona*: «Son, o tañido que se toca en varios instrumentos, al cual se baila una danza de cuenta con las castañetas, mui airosa y vistosa» (*Aut.*).

<sup>28</sup> «Propio de los coches o de los cocheros» (DRAE).

Del sufijo *-al* tenemos:

orden *sacristanal* (C, 637)  
*niñal* caterva (C, 830)

En las jácaras abundan los vocablos germanescos, como *marca*, del que deriva *marcal*:

¿Qué garduña de la trinca  
 se entretiene en murmurar  
 deste tigre germanesco  
 y desta onza *marcal*? (C, 594)

Alomorfo del anterior es *-ar*:

almuerzo *pollar* (C, 593)<sup>29</sup>

El sufijo *-ero -a* se halla en *baduqueras*:

¡Donosa baraúnda de ruidonas,  
 baduqueras, terribles respondonas! (C, 757)

Ahora bien, el lexema base existente en la lengua es «badulaque», sobre el que se habrá realizado síncope silábica, uno de los abundantes procedimientos vulgarizadores usados por nuestro autor; en el ejemplo citado resulta útil para la adecuada medida del verso. *Baduqueras*, por consiguiente, será una pulla en el sentido de «comilonas o golosas»<sup>30</sup>, pero también de «bobas, inútiles»<sup>31</sup>.

En español, el morfema *-udo -a* tiende a formar adjetivos denominales, produciendo así un cambio de categoría gramatical. Por eso lo introducimos en la sufijación no apreciativa, aunque hay estudiosos que lo clasifican como apreciativo. Se adjunta preferentemente a nombres referidos a aspectos corporales (velludo, panzudo, forzudo, etc.) confiriendo la idea de «abundancia», casi siempre peyorativamente. Este carácter negativo se halla incrementado «por la presencia de la vocal anterior [u], de fuerte efecto fonosimbólico»<sup>32</sup>. Nosotros lo encontramos en dos adjetivos sintácticamente sustantivados:

<sup>29</sup> El autor juega con la doble posibilidad interpretativa (con pollos / de los pollos):

Hombre 1 <sup>o</sup> -	Cierta dama a quien festejo me pidió por amistad para un almuerzo de pollos, y en mi casa no hay un real.
Cosme-	Para un almuerzo de pollos usted la puede enviar un barreño de salvados, que eso suelen almorzar. (C, 593)

<sup>30</sup> Covarrubias define *badulaque* así: «Guisado de carne menuda, dividida y cortada en pedacuelos con el caldo o la menestra espesa».

<sup>31</sup> Al significado anterior, *Aul.* añade el de «bobo, inútil».

<sup>32</sup> Mervyn F. Lang, *cit.* pág. 157.

Presa os traigo una falduda, (A, 147)  
 Preso os traigo un sombrero (C, 529)

Hay, como puede observarse, un paralelismo entre ambos versos, que es correlativo a la simetría de sendos entremeses en donde se insertan: la primera y la segunda partes de *El guarda-infante*. En una se satiriza el desmedido volumen del guardainfante, pomposa prenda femenina entonces de moda<sup>33</sup>; en la otra se ridiculiza el grotesco atuendo de los «lindos» de la época, en el que no faltaba el sombrero de enormes alas<sup>34</sup>. Quiñones recarga la irrupción del sombrero en escena, a la que baja por una escalera el celebrado Juan Rana «con un sombrero muy grande», mientras todos recitan:

Por sus grandes sombreros  
 y cortas manos,  
 ya no caben los hombres  
 en los estrados.  
 ¡Bajar, bajar!  
 Ya baja, ya llega;  
 que aunque pueda no acierta,  
 que es más el balumbo que el peso que trai. (C, 530)

Pero mucho más espectacular había sido, en el entremés anterior, la entrada del guardainfante, al reforzar la comicidad del lenguaje visualmente con una hiperbólica situación escénica: la prenda es tan inmensa que «Un tabique han derribado, / y en él está atravesada», lo que desencadena el cómico trajín de los personajes indicado en la acotación: «Echan una maroma al vestuario y sale atada de ella JOSEFA ROMÁN, vestida muy hueca, con todas las cosas que dirán los versos, y tiran desde el tablado como que hacen fuerza» (A, 148).

<sup>33</sup> También lo satirizaron otros escritores: Cf. H.E. Bergman, *Luis Quiñones de Benavente y sus entremeses*. Cit., pág. 174 y ss. Véase también J. Deleito y Piñuela, *La mujer, la casa y la moda (En la España del Rey poeta)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946, pág. 153.

<sup>34</sup> «Un sombrero con más ala que un monte» decía Quevedo en *El Buscón* (Madrid, Cátedra, 1982, pág. 179). Para tal moda, véase H.E. Bergman, cit., págs. 182 y ss.

En la segunda parte de nuestro entremés, Juan Rana especifica, con la apropiada exageración, el atavío de tales galanes:

Yo me vó a volver galán  
 y a traer en la cabeza  
 un gran canalón de fieltro,  
 un tejaron de guedejas,  
 sola una vaina en la espada,  
 en los calzones sesenta,  
 dos sábanas por lenzuolos,  
 cuatro colchones por piernas,  
 seis pabellones por ligas,  
 y por zapatos dos lesnas; (C, 529)

Es indudable el éxito que alcanzaría este personaje, ya que en la segunda parte del entremés Quiñones pone en boca de la misma actriz, Josefa Román, una referencia que presupone el recuerdo perfectamente vivo en el público (*vos*):

Yo ¿no só buena *falduda*?  
 Vos ¿no me distis la muestra? (C, 528)

En los registros lexicográficos no hallamos *sombrerudo -a*, pero *faldudo -a* se encuentra tanto en el DRAE como en el DUE; *Autoridades* sólo lo acoge como término de germanía<sup>35</sup>. Christian Andrés (pág. 147), por su parte, lo anota como neologismo y comenta: «Benavente muestra una gran maestría en su creación: por la sufijación en -uda, ya insistente en la abundancia de faldas, en su aspecto descomunal (sufijo satírico), por la semejanza fonética con 'faldudo' que en germanía designa al broquel, lo que puede contribuir a crear un contexto algo alborotado y justificar la intervención del Alguacil».

El sufijo *-ivo -a* forma adjetivos deverbales. A veces se transforma en *-itivo* o *-ativo* (vid. DUE, s.v. *-ivo -a*) («prohibitivo», «paliativo»), variante esta que hallamos en *ciencia abrazativa* (C, 802); es decir, «ciencia relativa a la acción de abrazar».

### 1c.1.3.) Nominalización

Los sufijos que utiliza Quiñones para formar nuevos nombres son éstos:

*-cida*: se trata de un elemento culto (de la raíz *caedere*), que el español adquirió en palabras tomadas directamente del latín, como «fratricida», «homicida», y cuyo significado es 'matador' o 'exterminador' de lo indicado por el lexema al que se adjunta. En los últimos siglos ha ampliado su uso<sup>36</sup>, de modo que se aplica a bases carentes del rasgo 'persona' (herbicida, insecticida, germicida...) <sup>37</sup>. Por eso, en el siglo XVII resultaría aún más intenso que hoy el contraste grotesco entre el sufijo y los lexemas de base utilizados por Quiñones, como *congricida* (A, 87), *sarnicida* (C, 515). La voracidad de la mujer por el dinero la convierte, cómicamente, en *bolsicida* (B, 51). Una de las

<sup>35</sup> Véanse también John M. Hill, *Voces germanescas*. Indiana University Publications, Humanities Series, Bloomington, 1949; y José Luis Alonso Hernández, *Léxico...*

<sup>36</sup> *Regicida*, por ejemplo, parece ser del siglo XIX: cf. el DCECH, s.v. *rey*.

<sup>37</sup> Franz Rainer establece dos grupos semánticos: el jurídico, en el que la base es un sustantivo humano (homicida, infanticida, etc.) y el grupo perteneciente al lenguaje químico, referido a parásitos (bactericida, insecticida, etc.): «La derivación adjetival», *Gramática descriptiva de la lengua española*, III. Cit., pág. 4595 y ss.

<sup>38</sup> Emilio Cotarelo (C, 748) anota en el entremés *El Barbero*: «Aunque el asunto de este entremés es el mismo que el del *Borracho*, impreso en la *Jocoseria*, son tantas y tan importantes las diferencias entre ambos que no hemos dudado en incluirlo también en este lugar. Quizá sea éste el primitivo texto de la obra refundida al publicarse dos años más tarde».

numerosísimas coincidencias<sup>38</sup> existentes entre *El borracho* y *El Barbero* se halla en el empleo de *borrachicida* (B, 126 y C, 750) 'causante de la muerte de un borracho'. Todas ellas son formaciones análogas a las ideadas por otros escritores literarios, como «adonicida», usada por Lope; o «piojicida», por Calderón<sup>39</sup>.

El sufijo *-ez -a* se adjunta en español a adjetivos para formar sustantivos abstractos de cualidad («altivez», «belleza», etc.). María Moliner reprende su uso acomodaticio, «como hacen algunas personas con inclinación a inventar palabras, diciendo, por ejemplo, 'absurdez', 'muchachez'». Los ejemplos benaventinos:

súpito → *supítez* (C, 721)  
dueña → *dueñez* (C, 542)

se idean para la burla y chacota. *Dueñez*, por ejemplo, aparece en la tirada de un personaje que relata su amor hacia una «dueña»; e inserta este lexema con tal frecuencia («dueña», «adueñada», «dueño», «dueña») que *dueñez*, al final, emerge como humorístico remate, sintetizador de la acumulación precedente.

Ya vimos que de *-ero -a* se obtienen derivados adjetivos, pero también sustantivos, como *suplíderos*:

R- Bezón, súpleme esta falta.  
B- ¿Hago yo los *suplíderos*  
en aquesta compañía? (C, 545)

El morfema *-ería*, sufijo de sustantivos, puede significar, entre otras posibilidades (véanse DUE y DRAE), 'conjunto' («sillería»), del mismo modo que en el siguiente neologismo: Señora *Cazolería*, (C, 528). *Cazolería* 'el conjunto de las mujeres que están en la cazuela' se ha construido desde el lexema primitivo «cazuela». Quiñones llena así un vacío léxico, como muestra la oposición entre el nuevo término<sup>40</sup> y el existente en la lengua «mosquetería»<sup>41</sup>.

*Mosquetería* y *cazolería* coadyuvan a producir las simetrías y paralelismos existentes —como ya se ha dicho más arriba— entre la primera y la segunda partes de *El guarda-infante*, que figuran entre las obras más famosas y celebradas de nuestro entremesista. Ambas se inician, respectivamente, así:

Señora mosquetería,

<sup>38</sup> Cf. E. Alarcos García, *cit.*, pág. 472.

<sup>40</sup> La *cazuela* era «en los Corrales de las Comedias el sitio que está en frente del tablado donde se representa, en el qual ven las mugeres la Comedia» (*Aut.*).

<sup>41</sup> Conjunto de los mosqueteros, «que están de pie en el patio» para ver las comedias (*Aut.*).

eschuchá a vuestro Juan Rana (A, 143)  
 Señora Cazolería,  
 escuchad vuestra Jusepa, (C, 528)

Se apela así al público para atraer su interés. Es un público tratado con exquisita deferencia<sup>42</sup>: pasa a formar parte de la obra misma, y adquiere la importancia conferida por el nombre propio, puesto que *mosquetería* y *Cazolería* funcionan como aposiciones especificativas idénticas a «Señor Pedro», «señora Juliana»; y el núcleo del sintagma (*señora*) implica, en el contexto cultural de la época, elevada consideración y respeto.

Un mimetismo con palabras del tipo de «cancillería» parece originar *alcaldería* (a partir de «alcalde») (C, 663).

El sufijo *-ista* 'el que tiene determinada ocupación, profesión u oficio' proporciona *alajibista* (C, 649) y *comista*:

de suerte que me parten por los lomos  
 la noche que no doy sesenta comos,  
 tan bien dados y tan a letra vista,  
 que en la villa me llaman el *Comista*. (C, 784-5)

Se elabora aquí, para superponer jocosamente los dos significados, una homonimia en la que el derivado, *Comista*, surge a partir del clisé «dar como»<sup>43</sup> y también del sustantivo «coma», que viene sugerido por la expresión «a letra vista» del tercer verso.

A partir de «bujía»<sup>44</sup>, el formante *-oso -a* permite derivar *bujiosas* (manos) (C, 687), es decir, «manos blancas como la cera».

<sup>42</sup> J. Deleito y Piñuela (... *También se divierte el pueblo*. *Cit.*, págs. 196-7) comenta lo siguiente: «lo más frecuente era que los artistas, sobre todo el director, se curasen en salud del público que *iba de uñas*, y trataran de congraciarse con él, procurando atraer a los espectadores de toda clase de localidades a fuerza de halagos y adulaciones», como —sigue diciendo— hace Quiñones en la siguiente loa:

Sabios y críticos bancos,  
 gradas bien intencionadas,  
 piadosas barandillas,  
 doctos desvanes del alma;  
 aposentos que, callando,  
 sabéis suplir nuestras faltas;  
 etc.

<sup>43</sup> *Como* es «chasco, zumba o cantaleta. Úsase regularmente con el verbo Dar, diciendo Dar como, u dar un como» (*Aut.*).

<sup>44</sup> El DCECH señala la primera documentación de este vocablo en Covarrubias (s.v. *bugía*): «Cierta género de velas de cera delgadas».

-Dor 'agente' se halla en *jacareador* (B, 140), que no llena vacío léxico alguno, puesto que existía al menos «jacarero» («La persona que anda por el lugar cantando xácaras»: *Aut.*, s.v. *xacarero*). Y *-ada* conforma, a partir de Nerón, *neronada* (M, 115) 'acción cruel'<sup>45</sup>.

En español existen pares sinonímicos realizados con *-dor* y *-ante* («licitante»-«licitador» por ejemplo), sufijo este cuyas bases son verbos de acción<sup>46</sup>. Así, «pasantes» acarrea, con carácter básicamente lúdico y festivo, el posterior *llegantes* de estos versos:

¿yo en un estudio donde no hay pasantes  
que en viéndome no quieren ser *llegantes*,  
[...]? (C, 715)

Y de «asno» > *asnificante* (C, 698), que presupone el verbo \*asnificar 'convertir en asno'. Puesto como está en boca de un licenciado, *asnificante* también expresa, indirectamente, la cómica saturación gramatical del personaje.

Del sufijo *-ción*, que ofrece una gran vitalidad en el léxico moderno<sup>47</sup> político, tecnológico y comercial, hallamos sólo un ejemplo en Quiñones, el sustantivo deverbal *quitación*:

Doctor- ¿y bien pagada?  
Dueña- Por extremo, señor.  
Doctor- Y en las raciones  
¿suelen entrar las santas *quitaciones*? (C, 710)

Convergen aquí dos signos superpuestos para generar el chiste: *quitación* 1 como 'renta, sueldo o salario' (*Aut.*, etc.) y *quitación* 2, neológico, derivado de «quitar» 'robar'.

#### 1c.1.4.) Adverbialización

Es casi inexistente en nuestro autor, pues sólo encontramos *jarifamente* (C, 611, 528), a partir de «jarifa» ('vistosa, bien compuesta y adornada'), y *vinosamente* (< vinosa) 'a la manera del borracho':

estaba la bien guardada  
*vinosamente* llorando. (B, 120)

<sup>45</sup> Como anota A. Madroñal (pág. 115), esta formación es similar a *coridonada* (< Coridón), que aparece en las poesías líricas de Quiñones. Cf. el artículo de este estudioso en la *RFE*, LXXXIII (1993), pág. 345.

<sup>46</sup> Es el alomorfo empleado para las bases pertenecientes a la primera conjugación: la segunda utiliza *-ente*, *-iente*, y la tercera *-iente*.

<sup>47</sup> Vid. M.F. Lang, *cit.*, pág. 188. No puede hablarse en casos como éste de «neologismos semánticos»; puesto que presuponen innovación también en cuanto al significante.

## 1c.2.) SUFIJACIÓN APRECIATIVA

En su introducción a los *Entremeses* (pág. 36), Christian Andrès afirma: «El recurso al diminutivo y al aumentativo también se revela muy eficaz desde el punto de vista cómico y satírico, y suele emplearlo Quiñones de Benavente». Nosotros acogemos esta constatación para enfatizarla, porque la sufiación apreciativa (en especial el diminutivo) salpica constantemente estas piecitas; es tal su abundancia que, sin duda, constituye una de las características más relevantes del estilo de Quiñones. Aumentativos y diminutivos, junto a otros procedimientos que ya hemos reseñado, impregnan su lenguaje de una entrañable e intensa expresividad popular. Veamos una muestra de cómo se alían música, canto, estribillo, énfasis exclamativo; acumulación, reiteración y rima de apreciativos:

Mujer 5<sup>a</sup>- Yo trueco por yeso y sal / pernils de algarrobilla.  
 Grac.- ¡Figurilla!  
 Todos- ¡Figurilla!  
 [...]  
 Grac.- ¡Figurón!  
 Todos- ¡Figurón!  
 [...]  
 Grac.- ¡Figuraza!  
 Todos- ¡Figuraza!  
 [...]  
 Grac.- ¡Figurero!  
 Todos- ¡Figurero!  
 Mujer 1<sup>a</sup>- Figurilla, figurero, figuraza y figurón,  
 Cuatro cosas suenan, y una sola son. (C, 503)

Hay momentos en los que cada verso contiene un apreciativo. Y la tendencia del español coloquial a la exageración y la hipérbole acarrea con cierta frecuencia la acumulación de tales afijos sobre la misma base: *borrachonazo* (M, 212); *barbonazo* (C, 757); *hombronazo* (C, 740) (hombre + ón + azo); *Tontonazos*, *tontones*, *retontones* (C, 503).

La productividad de diminutivos, aumentativos y peyorativos se produce en estas obras con bases sustantivas y adjetivas, de igual modo que sucede la mayoría de las veces en el diastema español. Los sufijos más frecuentemente utilizados son *-ito*, *-ico*, *-illo*, *-ete*, *-ón* y *-azo*: *enfadosita* (C, 741); *dobloncitos* (A, 208); *alcaldito* (A, 149); *micita* (C, 514)<sup>48</sup>; *refrancico* (A, 149; B, 54); *secretico* (B, 66); *gavilancicos* (B, 112); *mosquetericos* (B, 113); *sonetillo* (B, 67); *sinonomillo* (C, 797)<sup>49</sup>; *vejete* (B, 76. Enormemente abundante); *bailete* (B, 54); *ma-*

<sup>48</sup> De «miza» 'ladrona', en germanía.

<sup>49</sup> De «sinónomos» (*Covarrubias*): «Dos nombres o verbos que sinifican una mesma cosa».



*jaderote* (A, 153); *ojuelos* (B, 77); *zagaleja* (B, 77); *tontón* (A, 103); *pícarota* (B, 86); *ladronazo*, *pícaronazo* (B, 49), *cenaza* (A, 237); *gitanazo* (A, 203); etc. Los ejemplos son innumerables.

Hay bases que en el uso común de la lengua aceptan apreciativos con dificultad o sólo se adjuntan a algunos en concreto<sup>50</sup>; por eso resultan más o menos llamativos casos así: *sonecillo* (*son* + infijo + diminutivo) (B, 128), *hipocritón* (M, 225), *niñón* (C, 568), *damazas* (C, 697, 742), *mentecalón* (M, 103), *ruidonas* (C, 757), *callona* (C, 772), *satíricas* (B, 101) (de «sátiras»), etcétera.

Las opiniones de los estudiosos sobre el valor de estos sufijos (refiriéndose casi siempre a los diminutivos) han sido diversas y hasta opuestas<sup>51</sup>. Considerando lo que reflejan estas obritas al respecto, podemos afirmar que en ellas los apreciativos expresan fundamentalmente contenidos variadísimos de índole subjetiva cuya interpretación depende del contexto concreto en que están insertados. Y sucede incluso cuando, simultáneamente, expresan tamaño. Como diría posiblemente S. Fernández Ramírez<sup>52</sup>, esto es así porque el lenguaje de nuestras obras es, por encima de todo, emotivo. El contenido general constante implicado por tales sufijos en nuestras obras es el humorístico, trazando ironías, parodias, alusiones eufemísticas, juegos formales, contraposiciones diversas... Incluso los peyorativos más insolentes se hallan para la chacota y burla joviales, inofensivas. De todos modos, la mayor frecuencia y comicidad reside en el «diminutivo». Así, el médico que es «verdugo con licencia» se convierte en *dotorcito* (A, 205) o *mediquillo* (C, 767); la purga, en *purguita* (A, 189); la píldora, en *píldorilla* (A, 124); el sombrero

<sup>50</sup> La compatibilidad entre lexemas y apreciativos ha sido objeto de algunos estudios, como los realizados por F. Lázaro Mora, F. Monge, etcétera.

<sup>51</sup> Para Amado Alonso, los valores de 'disminución' y 'aumento' son los menos frecuentes («Noción, emoción y fantasía en los diminutivos», *Estudios lingüísticos. Temas españoles*. Madrid, Gredos, 1954). Frente a esto, B. Pottier (en *Lingüística moderna y filología hispánica*. Madrid, Gredos, 1976, págs. 161-185) opina que, en el plano de la lengua, la función de estos sufijos es sólo modificar la cantidad semántica del lexema; la infinidad de los valores afectivos posibles pertenece al discurso. Aquella función representativa es también predominante en la estimación de S. Fernández Ramírez («A propósito de los diminutivos españoles», *Strenae. Estudios de Filología e Historia dedicados al profesor Manuel García Blanco*. Universidad de Salamanca, 1962, págs. 165-192). En la misma línea se halla Coseriu («'Noción' y 'emoción'», *El hombre y su lenguaje*. Madrid, Gredos, 1977). Pero la idea predominante es que los valores apreciativos pertenecen a la lengua y no sólo al discurso. En este sentido, afirmaba Félix Monge que la capacidad de expresar la actitud subjetiva es tan inherente a los diminutivos como la de significar el concepto objetivo de aminoración, y ambas pertenecen al plano de la lengua y no sólo a la actualización de ésta en el discurso («Los diminutivos en español», *Actes du X Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes*. París, Klincksieck, vol. 1, págs. 137-147. Véase también «Diminutivos: cuantificación, subjetividad, especialización», en J. Lüdtke (ed.), *Energia und Ergon. Studia in Honorem E. Coseriu*, t. III. Tübingen, Verlag, págs. 129-140.

<sup>52</sup> *Cit.*

exageradamente grande que se adueña de la escena, en *sombrerete* (C, 530); la honra, en *honrilla* (C, 514); lindo, en *lindico* (C, 594), paródicamente<sup>53</sup>; etcétera.

Las relaciones formales y dilógicas se dilatan a lo largo del diálogo siguiente:

(Llegan a verle y ven el garrote y espántanse todas.)  
 Frutos- ¡Ay, señoras, que es garrotillo!  
 L. Bor.- Veamos la boca.  
 L. Cruz- A ver dónde toca.  
 Josefa- Será garrotillo si siente embarazo.  
 L. Bor.- (Gritillo.) ¡Ay, señoras, que es garrotazo!  
 Josefa- Garrotillo, y de madera,  
 ¡guarda fuera!  
 L. Cruz- Guarda fuera.  
 Todas- Guarda fuera.  
 Josefa- Nadie se llegue, que es mal que se pega. (B, 135)

Como puede observarse, para elaborar la gracia y jocosidad de estos versos se oponen diminutivo/aumentativo (*garrotillo* / *garrotazo*); se imbrican en *garrotillo* dos significados: diminutivo de «garrote» y «enfermedad de la garganta por la hinchazón de las fauces, que embaraza el tránsito del alimento, o la respiración» (*Aut.*)<sup>54</sup>; confluyen en el verbo *pegar* los contenidos 'contagiar' y 'apalear'; y el juego escénico corre paralelo, apoyando visualmente la comicidad.

El diminutivo realza el contraste jocosos de estas palabras dirigidas a un personaje femenino:

sal aquí, mujercilla, si eres hombre, (C, 656)

H.E. Bergman anota en su edición que no ha podido encontrar la palabra *testeruela* ni la expresión *haciendo la testeruela* que aparece en estos versos:

Para hacer a Dios festín,  
 Pedro, os volvéis arlequín,  
 y en la cruz, maroma o tela,  
 haciendo la *testeruela*,  
 sois del cielo volatín. (B, 46)

Tal vez aquí se haya adjuntado al lexema *testera* ('parte anterior y superior de la cabeza de un animal') el sufijo *-uela* en uso no apreciativo, en

<sup>53</sup> «¡Oh!, ¡qué lindico!» (C, 594), como el estribillo de la letrilla gongorina que comienza «Que pretenda el mercader», ridiculizado por Quevedo en el romance que arranca con el verso «Poeta de ¡Oh, qué lindicos!» (*Obras completas...*, pág. 1166).

<sup>54</sup> En suma, difteria grave.

cuanto que el neologismo resultante constituiría otra invariante diferenciada cuyo valor aproximado habría de ser 'ejercicio acrobático consistente en mantener el cuerpo boca abajo, sobre la cabeza'. El texto se refiere a San Pedro, que murió en una cruz astada, con la cabeza hacia abajo. En suma, San Pedro, para divertir a Dios, hace un número de equilibrio, de forma semejante al volatín<sup>55</sup>. Téngase en cuenta que casi inmediatamente el texto continúa con la adaptación de una letrilla popular:

'como retumban los remos,  
madre en el cielo,  
en las frescas vueltas  
del señor San Pedro'. (B, 47)

Quiñones se vale muchas veces del diminutivo para efectuar referencias eufemísticas de carácter erótico<sup>56</sup>. Hay que recordar que la acción de la censura impedía la transparencia al respecto en obras tan populares como los entremeses<sup>57</sup>; por eso «lo normal es que el erotismo se resuelva en una atmósfera general, inductora, con pequeños golpes de escena y chistes, cuyo significado el público captaría de modo inmediato<sup>58</sup>. Además, la índole teatral de este género facilita libertad a los actores, que pueden actuar con cierta osadía para hacer palmarios contenidos que el texto sólo sugiere o expresa veladamente; y esto es más difícil ya de controlar por parte de la censura. En nuestro autor no escasean los pasajes que permiten una interpretación en clave erótica, avalada muchas veces por los datos explicados en acotación. Por ejemplo, las sugerencias realizadas a través del lenguaje y los elementos escénicos hacen palmaria la procacidad de estos versos del entremés de *La sierpe*.

¡Ay, si viniese ya mi *sierpecita*,  
mi *serpentín* regalo, mi Cornelio,  
que, por mi amor, en sierpe convertido,  
remedio viene a ser contra marido! (C, 658)<sup>59</sup>

<sup>55</sup> «La persona que con habilidad y arte anda, y voltea en una maroma al aire» (*Aut.*). No parecen muy afortunados estos versos.

<sup>56</sup> El «efecto eufemístico» es uno de los valores afectivos del diminutivo español, señala Alberto Zuluaga, «La función del diminutivo en español», *BICC*, xxv, n° 1, 1970, págs. 23-48.

<sup>57</sup> Interesantes informaciones al respecto ofrece Javier Huerta Calvo, *El nuevo mundo de la risa. Estudios sobre el Teatro breve y la comicidad en los Siglos de Oro*. Barcelona, 1995.

<sup>58</sup> *Ídem*, pág. 112.

<sup>59</sup> Obsérvese el significativo nombre propio, Cornelio. En unos versos más arriba se adelantaba la queja del marido con alusiones sexuales:

Mujer, suspiro  
porque me han de matar sierpes ajenas  
teniéndolas en casa yo tan buenas, (C, 658)

Poco después —explica la acotación— «sale Cornelio vestido de sierpe, y trae en las manos una invención que se alarga y encoge».

El mismo carácter eufemístico y erótico hallamos en los diminutivos de estos otros versos, y en el sabroso recuerdo evocado de un fracaso:

¡Válgame Dios, que bajo de marido!  
 Así nos baje el pan; ¡ay, *cuitadillo!*,  
 marido quiero yo, no *maridillo*.  
 Traía un chico destes una llave  
 de un escritorio atada a la pretina;  
 subió muy afanado en un banquillo,  
 y al punto que el cuitado quiso abrillo,  
 cayó el banco, y mi cuenta de abalorio<sup>60</sup>  
 colgada se quedó del escritorio: (C, 758)

El *abadejillo* es el significativo título de un entremés cargado de alusiones salaces. En él, González, cómicamente asediado por mujeres burlonas en época de Carnestolendas, lanza una tirada (A, 86-88) autodefensiva, contraponiendo el *abadejillo* (en relación con el propio González), un *pescadillo* barato que se consumía preferente —y precisamente— seco, a otros pescados más suculentos, frescos y lozanos: *atrún*, *lamprea*, etc., no sufijados ya diminutivamente. El apreciativo *-illo* ofrece aquí, pues, toda la plenitud de su valor denotativo de disminución, a la vez que adquiere connotaciones cargadas de jocosa lubricidad.

Fácilmente podrían multiplicarse los ejemplos de diminutivos eufemísticos utilizados por Quiñones.

Para finalizar los sufijos, vamos a ver algunos términos que contienen un uso especial del morfema *-ísimo*. Como es bien sabido, este morfema (y su variante *-érrimo*) forma en español los llamados «superlativos absolutos». Intensifica el grado de adjetivos y algunos adverbios, en relación paradigmática con *-ito*, *-ico*, *-etón*, etc. (guapo - guapito - guapete - guapetón - guapísimo...); y, por consiguiente, aporta una noción plenamente apreciativa<sup>61</sup>. Nuestros clásicos lo emplearon a veces con sustantivo («naricísimo», «maridísimo», etc.)<sup>62</sup>. Surge, en casos así, como parodia del estilo pomposo (pues-

<sup>60</sup> *Abalorio*: «Conjunto de cuentecillas de vidrio agujereadas» (DRAE, 1992).

<sup>61</sup> Son los aumentativos de más uso y los que tienen más cabida en el estilo elevado, afirmaba A. Bello (*Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Estudio y edición de Ramón Trujillo. Madrid, Arco, D.L., 1988).

<sup>62</sup> Recuérdese el discurso de la *dolorosísima dueñísima* Trifaldi y la respuesta del *escuderosísimo* Sancho Panza. Se ha utilizado incluso con nombres propios («Don Quijotísimo», «Don Quijote de la Manchísima»). En el pasado siglo proliferó su uso en torno a Franco y su familia: El Generalísimo, Caudillísimo, niñísima, nietísima, cuñadísimo (Serrano Súñer), yernísimo.

to que nuestro sufijo forma esdrújulos) o con intención meramente cómica y burlesca. Tal es el caso de los vocablos acumulados por Quiñones en este diálogo:

Correo— Señores *alcaldásimos*, entiendan  
yo soy un *correísimo* que vengo  
caminando a las veinte y *aprisísima*  
traigo a la Duquesa esta *cartísima*.

Lorenzo— Y aun parecéis, por Dios, *habladorísimo*. (C, 680)

(Continuará)

---

También se ha repetido «la Saritísima» (Sara Montiel), etc. Véase el clásico estudio de Margarita Morreale, «El superlativo en '-ísimo' y la versión castellana del *Cortesano*, *RFE* (1955), vol. xxxix; y Jacques de Bruyne, «Onomástica y elativos en *isimo*», *Anuario de Lingüística Hispánica* (1986), II, págs. 9-20.